

AÑO XXII.—NÚM. 6328

15 DE JULIO DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 15 de Julio de 1882.

## La decadencia de España

desde mediados del siglo XVI

A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

XXXV.

Felipe II cumpliendo, como el sa-  
hacerlo, su palabra, empeñada  
la persecución de la heregia le-  
ntada en armas contra el partido  
cólico de Francia, envió orden al  
peral napolitano Castaldo para que  
ese á sostener á los católicos de  
yenne, con unos tres mil soldados  
infantería española. Estas tropas,  
de muerte de Castaldo, se unieron  
General Montluc, siendo una de  
las bandás, poco numerosas, pe-  
rambibles, que por entonces se for-  
aron para hacer la guerra á la  
anci. Sismo, di hablando de ellas  
de lo siguiente:

Los españoles que se escogian  
la guerra, reclutas que se veían  
par cada año á Italia en número  
tres ó cuatro mil, y que se desig-  
aban con el nombre de *bisogni*, por  
de todo carecían entre las ma-  
de los oficiales que los forma-  
n, se convertían en instrumentos  
destrucción tan formidables como  
bronces que fundimos con este  
eto. El fanatismo religioso, el pun-  
de honor nacional y militar, la  
diencia ciega á la más severa dis-  
iplina, el desprecio á todo lo que  
era militar, he aquí los senti-  
mentos que les inculcaban con es-  
oro, y lo mismo se hallaban en to-  
los soldados de Felipe II, cual-  
era que fuese su origen; de sur-  
que no se observaba ninguna di-  
fencia entre las antiguas bandás  
italianas y las antiguas castella-  
Los italianos, los españoles y los  
nes enfrente del enemigo, unían  
calma y un aplomo impertur-  
a una bravura experimenta-  
sus capitanes estaban siempre  
ros de la precisión de todos sus  
cimientos, y de la ejecución es-  
pulsiva de las órdenes que daban.  
les á teraba jamás, ni el entu-  
mo, ni el miedo. Había en estas  
s viejas poco-arrojo, poca in-  
ción, pero desplegaban completa-  
te todas las fuerzas, toda la ener-  
de un hombre sereno.»

Para que se vea hasta donde ra-  
el odio á los cismáticos, que  
endiendo Montluc á sus soldados  
haber dado muerte á las muge-  
que ballaron en el castillo de la  
que el había perdonado, con-  
ronle que las habían creído lu-  
pos disfrazados.

Noticia de los horrores de San  
olomé, tanto alegró á Felipe II,  
al felicitar por ella á Carlos IX

hubo de decirte que tan noble ac-  
ción solo debía dejarte un sentimien-  
to, y era el de haber tardado en cum-  
plirse. Se acuñaron medallas en Ma-  
drid para perpetuar la memoria de  
tal acontecimiento, y el pueblo encen-  
dió hogueras en su celebridad en  
las plazas públicas. Para ayudar á  
la Santa liga en la guerra contra los  
hugonotes, obligóse Felipe II á darle  
un subsidio mensual de cincuenta  
mil escudos.

Tales fueron las simpatías que el mo-  
narca español se había captado con  
su conducta entre los católicos de  
Francia, que más de una ciudad se  
ofreció á abrirles sus puertas para fa-  
cilitarle la ocupación de París. Bo-  
loña estuvo á punto de haberle sido  
entregada por su gobernador Pedro  
Vetus que había sido ganado por  
Mendoza.

Enrique III habíase hecho sospe-  
choso al partido católico, y el fanat-  
ismo pensó en asesinarle; su salva-  
ción la debió por entonces á sus fieles  
berneses. En esto murió el duque de  
Guisa, el único hombre que en Francia  
contrabalanzaba la política de Felipe  
II y desde, aquel momento ya no hu-  
bo más política que la de este. La in-  
surrección se hizo tan general  
solo seis provincias de las treinta y  
tres en que estaba dividida la Fran-  
cia, permanecieron fieles á Enrique  
III. El embajador Mendoza fué el  
principal agente en todos estos acon-  
tecimientos; él intervino en la forma-  
ción del Consejo de los Cuarenta; y  
á sus instancias se aumenta con sie-  
te predadores que había compra-  
do á favor de España; estos se repar-  
tieron luego por todas partes, prodigando  
procesas y repartiendo el oro  
español á manos llenas; «un buen  
príncipe, decían á los pueblos, es el  
esposo, el protector y el defensor de  
la Iglesia.» Felipe II, añadian ha po-  
dido desmembrar la Francia en mu-  
chas ocasiones, y no ha procurado  
más que conservarla, mientras que  
el Bearne trabaja por arruinarla, ha  
maudo á los ingleses y á los alema-  
nes.» Este modo de guerrear, sobre  
ser ménos sangriento era también el  
más seguro: tanto vale pelear con las  
ideas que con las armas. Enrique III,  
por el contrario, lió á estas el triun-  
fo de su causa, poniendo sitio á París  
ayudado del rey de Navarra, pero el  
puñal de Jacobo Clemente privó á  
un tiempo mismo del trono y de la vi-  
da. La Liga proclamó por sucesor al  
cardenal de Borbon (Carlos X); Fe-  
lipe II reconoció e como legítimo, pe-  
ro solo por un efecto de su política;  
por eso, al mismo tiempo se declara-  
ba nuevamente protector de los ca-  
tólicos de Francia, poniendo á su dis-  
posición sus ejércitos y sus tesoros,  
y mando á su Secretario, Diego Mal-  
donado, á llevar al duque de Mer-  
œur veinte mil ducados, doscientos  
quintales de pólvora y la promesa

de socorrerlo pronto con hombres, co-  
mo así lo hizo enviándole tres mil es-  
pañoles. El duque de Saboya que ya era  
señor del marquesado de Saluces des-  
de donde amenzaba á la provenza reci-  
bió también los refuerzos que se le  
enviaron de Milan, y los que le tra-  
jeron los capitanes D. Juan de Gam-  
bra, D. Juan de la Cueva, Cristóbal  
de Ibañez y Ponçe de León. Felipe  
II, apesar de los grandes apuros de  
su hacienda, siguió mandando soco-  
rros. El ducado de Milan le hizo un  
donativo forzoso de doscientos mil  
ducados, que sirvió para pagar los  
atrasos al ejército del duque de Sa-  
boya y para sostener á los católicos  
del Delfinado. El virey de Nápoles y  
el duque de Terranova concurren  
también con sus socorros en hom-  
bres y dinero, y con estos auxilios  
el citado duque inauguró su campa-  
ña, haciéndose dueño de Niza y del  
paso de los Alpes; despues penetró  
en Provenza y ocupó á Frájus, Aix y  
Draguignan, declarando que reten-  
dría estas plazas hasta la elección  
de un rey católico. Un encuentro  
entre un ejército español llegado de  
Flandes y el del presunto rey Enri-  
que IV, en las llanuras de Furi dió á es-  
te una victoria, cuyas consecuencias  
fué el nuevo sitio de París. Los  
católicos allí encerrados tocaron el  
último extremo de la desesperación  
faltó el pan y hubo que hacer harina  
de los huesos de los muertos;  
cuentanse de una madre que se co-  
mió á su hijo; y el número de per-  
sonas que sucumbieron de inanición  
en el corto espacio de tres meses se  
hace subir á treinta mil.

Felipe II mandó contra Enrique  
IV al príncipe de Parma que man-  
daba en Flandes, quedando mientras  
tanto al cuidado del embajador Men-  
doza el sostenér con promesas la re-  
sistencia de los parisienses. Todos  
los días distribuía para los pobres  
por valor de ciento y veinte escudos  
vendiendo para que no les faltase  
este socorro sus caballos y su vagi-  
lla de plata. En las esquinas de las  
calles estableció cocinas para el pue-  
blo, á que este llamaba *las caderas  
de España*, y ocupaba en esto á mil  
doscientas personas. Aparte de esto  
pagaba con regularidad las pensio-  
nes que Felipe II había concedido á  
la viuda del duque de Guisa, y alas  
duquesa de Montpensier, Mayenne  
y de Nemours. El mismo duque de  
Mayenne recibió un socorro men-  
sual de diez mil ducados para soste-  
ner su rango; y Aymar Henne guin  
obispo de Reunes, Rose, prelado de  
Seulis, que dirigía mil y trescientas  
frailes en París, así como otros mu-  
chos eclesiásticos recibían también  
pingües socorros de España. Ultima-  
mente la poderosa compañía de Je-  
sus se entregó completamente á Fe-  
lipe II, y fué, como dice Duplessis-

Mornay, la verdadera *Levadura de  
España*.

No hay cosa como el oro para ha-  
cer política.

MANUEL GONZALEZ.

## MARINA.

Resoluciones tomadas por este mi-  
nisterio.

Cuerpo general.—Ascensos: Al em-  
pleo inmediato, el teniente de navio  
de primera D. Guillermo España y  
Gomez.

Destinos: Se ha dispuesto continúe  
en el desempeño de la segunda co-  
mandancia de la fragata «Blanca»,  
al mismo tiempo que la comandan-  
cia y detall de la fábrica de jarcias  
del arsenal de Cartagena, el teniente  
de navio D. Juan Calvo y Fortich.

Cuerpo juridico.—Concesiones:  
Un año de licencia para Madrid, al  
asesor del distrito de San Carlos de  
la Rapita D. Miguel del Entrambas-  
aguas.

Clero.—Concesiones: Dos meses  
de licencia para tomar los baños de  
Caldas de Besaya, al capellán mayor  
D. Mariano Nieto y Gomez.

## CRONICA

Muchos aplausos obtuvo la terce-  
ra representación de la preciosa zar-  
zuela «La Tempestad» verificada  
anoche en el teatro chico.

Las Sras. Toda y Bona y los seño-  
res Dalmau, Navarro Gimeno y Ri-  
jus, fueron muy aplaudidos y llama-  
dos á la escena, al terminar el con-  
certante del 2.º acto, que como  
siempre, fué magistralmente inter-  
pretado.

Los coros y orquesta bien.

La entrada muy buena.

Esta noche se pone en escena «El  
Ruiseñor» en cuya zarzuela tanto se  
distingue el Sr. Rihuet en la que  
canta la romanza de «La favorita»  
*Spirto gentil*.

Por los celadores municipales han  
sido detenidos dos sujetos, uno por  
indocumentado, y el otro por escán-  
dalo y haberle ocupado armas pro-  
hibidas habiendo sido este último  
puesto á disposición del Juzgado.

Y por la Guardia municipal han  
sido también detenidos cuatro suje-  
tos por vagancia y escándalo.

Segun las últimas noticias recibidas  
de Egipto, en Alejandria los in-  
cendios aumentan en proporciones  
aterradoras.

Las tropas egipcias saquearon la  
ciudad antes de abandonarla.

Circula el rumor de que Arabi  
marchó sobre el Cairo.

El almirante Seymour ha llamado